**HE IDO A UNA BODA**

Aparece una chica con indumentaria de boda, un poco despeinada, con el maquillaje algo corrido, andando con dificultad sobre los tacones, escribiendo un mensaje en el móvil.

Cuando ha dado algunos pasos, levanta la cabeza y se da cuenta del público.

¡Ay, hola… que no os había visto! ¿Qué tal?... Yo, pues… que vengo de una boda (se mira el vestido). ¿Se nota, no? Sí, es que una mujer vestida para una boda se nota a la legua, porque es… como un maniquí andante.

A propósito de andar, me voy a sentar un rato, que traigo un dolor de pies que me va a durar hasta 2023.

Pero claro, te invita tu amiga a su boda ¿y qué le vas a decir, que no vas?, si es el día MÁS FELIZ DE SU VIDA (hace un gesto con las manos, como enmarcando esas palabras). Pues vas, claro, porque es tu amiga y la quieres (obviando el pequeño detalle de que te invite a su boda…)

Y conste que a mí las bodas en sí me gustan mucho, por eso de reencontrarte con amigos que hace mucho que no ves, echar un rato de charla y risas, comer bien, bailar un rato e incluso… cantar, porque a mí el karaoke me encanta. Es que me pones un micrófono por delante y ya no veo nada más. Pero luego… está toda esa parte de suplicio que es el protocolo. Eso lo aguanto.

Pero bueno… os cuento desde el principio. ¿Queréis que os lo cuente? Vale, vale, que sí que os lo cuento… Y allí al fondo, dejad ya de decir “guapa, guapa”, que me desconcentro…

Pues veréis, todo empezó el día en que quedé con mi amiga para tomarnos algo en un bar y de repente, pues empieza así a sonreírse sin motivo (imita a su amiga sonriendo con cara de pava) y le digo “¿pero qué te pasa? ¿de qué te ríes?” y me dice “tía, Cristina, que tengo que contarte una cosa... ¡tía, que me caso!”. Yo de primeras me quedé un poco con cara de “¿hein?” pero luego, pues claro, me alegré por ella, porque la veía tan contenta. Y nada, pues ya me dio la multa, digo… la invitación, me dijo el día, la hora, la iglesia en la que se casaba… todo muy emocionante (con cara de emoción cero). Total, que me dio la invitación… y la cogí (pone cara de asco al hacer como que coge la invitación).

Y vosotros diréis “ea, pues llegó el día y Cristina fue a la boda y colorín colorado, este cuento se ha acabado”. ¡Ja! Si os cuento todo el camino que he tenido que recorrer desde el día que me dio la invitación has hoy…

Os lo voy a contar, anda, que os veo tan interesados…

Lo primero que hice fue ir a comprarme un vestido, claro, porque el que tenía de la última boda que fui pues ya estaba usado y todos sabemos que los trajes de boda son de un solo uso, como los preservativos, sobre todo si vives en un pueblo.

Fui con una amiga para que me ayudara, porque la verdad es que yo con la ropa así más de salir pues me hago un lío. Es que cojo algunas prendas y me pregunto (moviendo la prenda imaginaria en todas direcciones) “¿y esto cómo se pone?”. Y es que a veces las prendas tienen más orificios de los necesarios y eso, pues confunde. Que una vez me probé un vestido mal y por poco muero ahorcada por un cuello traicionero. Con ese tipo de ropa me pasa como con un texto en chino-japonés, que no entiendo si está bocarriba o bocabajo.

Total, que después de probarme muchos vestidos, encontré uno que me gustaba. Y mi amiga me dijo “el vestido es monísimo, pero yo creo que si adelgazas un poquito, te queda más mono”. Que yo pensé “¿y no sería más fácil comprar una talla más de vestido?”. Total, que me he pasado un mes comiendo pollo a la plancha, verduritas y fibra para cag… para favorecer el tránsito intestinal.

Bueno, pues cuando acabamos con el vestido, me dijo mi amiga, “ahora vamos a por los zapatos”. Lo de los zapatos lo llevo aún peor que el vestido, porque es que hay que ser masoca para pasarse 7 horas montada en unos andamios sin que haya ninguna obra o una reforma de por medio ni nada. Creo que ahora entiendo por qué me miraban hoy todos los jubilados cuando pasaba…

Y cuando acabamos con los zapatos, pues nos fuimos a por los complementos, los pendientes, el collar, el brazalete, las medias, el bolso,… Tres tardes nos pasamos de tienda en tienda, que yo me sabía ya la letra de todas las canciones de reggeaton de Sudamérica y parte de Centroamérica. Madre mía qué suplicio.

Bueno, pues poco a poco se fue acercando la fecha de la boda y claro, llegó la etapa de “restáurate en varias fases”. Y algunas de esas fases pues son hacerse la manicura, hacerse la depilación en todos los sitios que te puedas imaginar, hacerte un peeling facial para aumentar la luminosidad de la cara, probarte el peinado que vas a llevar, el maquillaje…

Yo lo del maquillaje lo llevo también regular, porque no me suelo maquillar, pero claro… ¿adónde vas a una boda sin maquillar? Eso yo creo que está hasta tipificado en el código penal… o civil, por aquello de que es una boda. Ea, pues aquí voy, pintá como una puerta, que no me conoce ni mi padre. Que no, que no es broma, que me he cruzado con él esta mañana cuando iba para la iglesia y ha pasado por mi lado y no me ha dicho ni “hola”. Y le he dicho (hace gestos con las manos de “que estoy aquí”) “¡papá, que no me saludas!” y viendo la cara de ojiplático que ha puesto, le he vuelto a decir “papá, que soy yo… tu hija… la pequeña”, porque el hombre no acababa de encuadrarme. Y sin cambiar la cara de asombro me ha dicho “ay, hola, que no te había conocido”. Pues lo que yo os digo, que para que ni tu padre te conozca…

Y por fin llegó el día de la boda, o sea, hoy. A las 6,30 me he levantado. Que si la peluquería, el maquillaje, el vestido, los tacones, los complementos,… Yo creo que el día que adorné el árbol de Navidad, tardé menos.

Pero la verdad es que ha sido un día especial. Yo he pasado más frío que en un charco, pero ideal el día… Un amigo me ha dicho “pues tanto frío no hace”. Lo he mirado así con rayos destructores en la mirada y le he dicho “probablemente el hecho de que tú lleves un traje, con tu camisa, tu chaqueta, con tu camiseta térmica que llevarás debajo y to, joío… a lo mejor ayuda”. Pero claro, yo me compré un traje de tirantes, porque a una boda hay que ir mona. Mona con escarcha, pero mona.

Pero en fin, precioso, ha sido todo precioso (con aire melancólico). Y reconozco que he sentido una poquita de envidia. No… por casarme y eso no… por los zapatos que llevaban mis amigos. ¡Se los veía tan cómodos!

Bueno, pues os dejo, que me están esperando. Por cierto, de la despedida de soltera no os he contado nada… Bueno, otro día, porque la verdad es que tampoco me acuerdo de mucho. Lo veo todo… negro… (gesto pícaro).

(Final alternativo) Bueno, pues os dejo, que seáis muy felices y que si os casáis… ¡que no me invitéis!